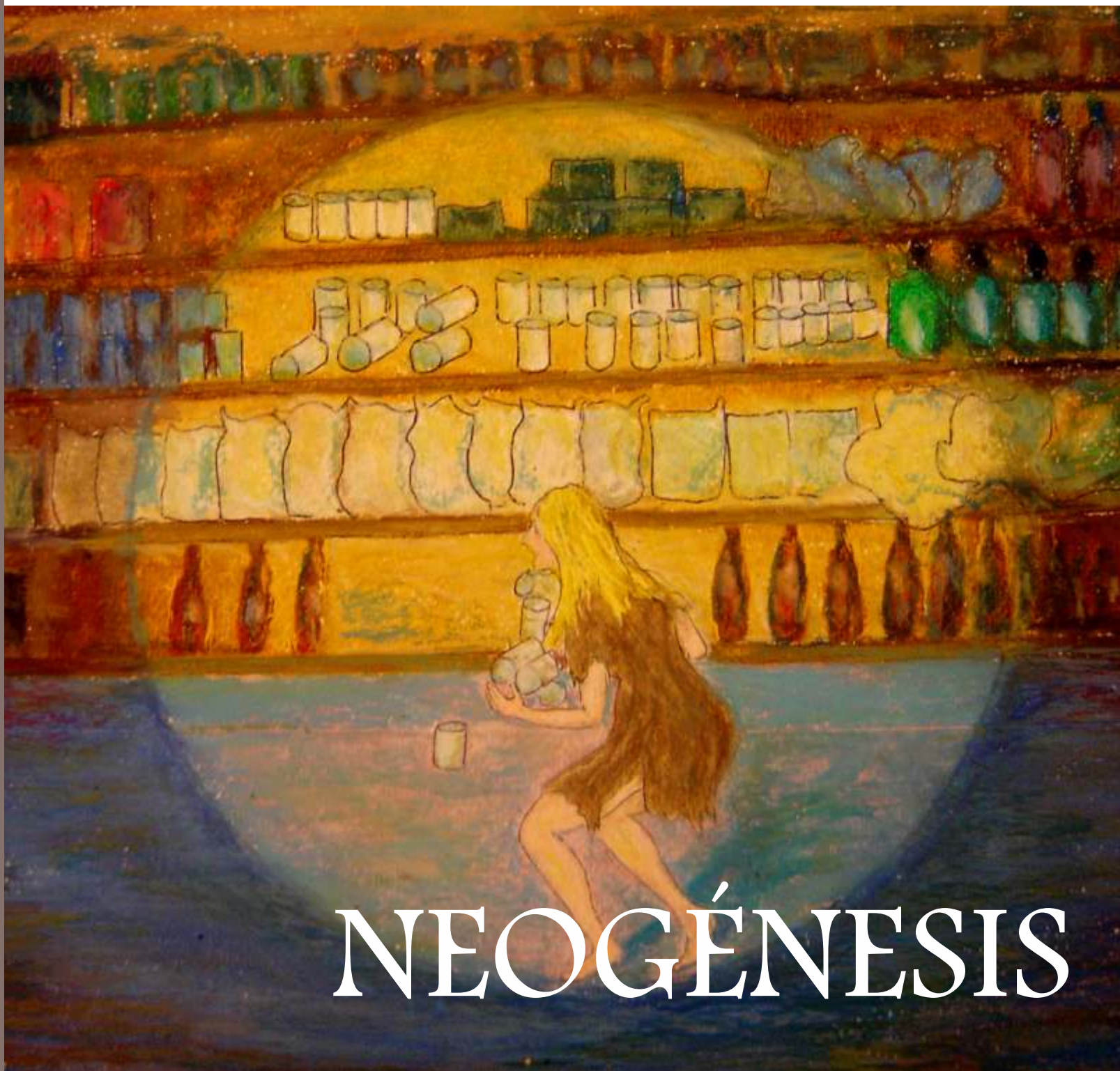


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



Fernando Olavarría Gabler

52



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

NEOGÉNESIS

Fernando Olavarría Gabler

Esas noches tuve terribles pesadillas. Se sucedían unas tras otras con un trasfondo singular: Los extraterrestres invadían nuestro planeta destruyéndolo casi en su totalidad; la guerra atómica estallaba por causa de un exaltado islámico que disparaba misiles sobre las grandes ciudades de Europa y Norte América. El virus del SIDA mutaba y se transmitía por las gotitas de Flüger de la saliva (éstas son lanzadas normalmente a buena distancia cuando una persona habla). Un gigantesco asteroide chocaba contra el Océano Pacífico y provocaba el cambio del eje de la Tierra. La atmósfera se saturaba de vapores tóxicos, nubes y humo.

Desperté sobresaltado. No se oía ruido alguno proveniente del exterior. Ni los automóviles de la avenida cercana a mi casa, ni los silbidos de vapor de las fábricas del barrio industrial de El Salto, ni los jóvenes vecinos llegando a las cuatro de la madrugada. Nada. Ni un sólo ruido.

A los lejos escuché el rumor del mar que estaba liberado de tanta interferencia acústica y que ahora no existía. Lo que más escuchaba eran los latidos de mi corazón que se transmitían hasta mis oídos. Prendí la luz del velador y miré el reloj despertador. Eran las cuatro y media de la mañana. Traté de seguir durmiendo, pero el silencio abrumador se transformaba en algo estruendosamente insoportable. A las seis y media salió el Sol y bajé al segundo piso, a prender el calentador a gas para ducharme. Me bañé, previa

gimnasia cotidiana, me vestí y fui al garaje para que el automóvil me llevara al hospital donde trabajaba.

Mientras conducía, me llamó la atención la ausencia total de personas y más aún, había un número incontable de automóviles y omnibuses detenidos sin que nadie estuviera dentro de ellos. Algunos estaban en las esquinas en actitud de doblar y los semáforos continuaban funcionando a pesar de no haber tránsito alguno.

Recorrí la avenida España sorprendiéndome siempre los automóviles detenidos, hasta tal punto, que en el cruce de Portales no pude avanzar y tuve que optar, con gran temor, de conducir contra el tránsito. Decidí llenar mi estanque de bencina ya que me había olvidado echarle el día anterior y estaba casi vacío. Entré a una estación de servicio, pero nadie me atendió. Molesto con la espera, aceleré el motor para llamar la atención y toqué varias veces el claxon.

Nada. Nadie.

Entonces me bajé del auto y traté de echarle personalmente el combustible pero la bomba no funcionaba porque no había electricidad.

Probablemente -pensé- ha habido un corte de luz y el personal, al no poder cumplir sus obligaciones ha decidido retirarse a sus casas.

Llegué malhumorado al hospital y no me sorprendió al no ver

NEOGÉNESIS

al portero. Sí, me sorprendió mucho, que en el hospital no encontrara al personal y también ¡los enfermos habían desaparecido! Percibí el silencio en las salas y pabellones vacíos. Solamente se oía el ruido del generador eléctrico. Éste siempre iniciaba automáticamente su función cuando se cortaba el suministro de electricidad en el hospital.

Recorrí con miedo todos los compartimientos del centro hospitalario sin poder hallar persona alguna.

Había llaves de agua sin cerrar y el agua en un lavatorio rebalsaba e invadía el piso.

Volví a casa y constaté que también no había electricidad. El refrigerador se estaba deshelando. Prendí el gas de la cocina y me preparé un bistec con huevos fritos.

Mientras me alimentaba, pensé que, si hubiera sabido todo esto, no le habría dado permiso a mi asesora del hogar para que tomara algunos días de vacaciones.

Después de almuerzo traté de llamar por teléfono a algunos familiares y amistades para preguntar si allá también tenían dificultades, pero el teléfono estaba desconectado. No emitía ruido alguno.

Entonces me subí al auto nuevamente y me dirigí a gran velocidad hacia el lugar de trabajo que tenía a esa hora, pero el motor del auto comenzó a toser y dejó de funcionar. Estaba sin bencina.

Volví a casa a pie y cuando iba por la calle Viana, pude observar con extrañeza que los trenes estaban inmóviles y varios de ellos detenidos en plena vía entre una estación y otra.

Estoy incomunicado -pensé- y completamente solo en este ambiente. La soledad es peligrosa sin agua, sin alimentos y sin combustibles. Me prepararé para que ésta no me venza.

Caminé por las calles ausentes de seres humanos y me encaminé al supermercado. Pensé que allí encontraría todo lo que necesitaba en esos momentos.

Mientras me dirigía a pie, pude constatar que la mayoría de los establecimientos comerciales estaban herméticamente cerrados. En algunos de ellos había que quebrar los vidrios de las vitrinas si alguien deseara entrar.

Pasé frente a una tienda donde vendían bicicletas; entonces, sin vacilar, agarré una piedra que encontré al lado de un árbol y quebré la vitrina. Me introduje al interior, saqué una bicicleta y llegué pedaleando al supermercado.

La estructura de éste era amplia y también sus puertas, así que entré sin dificultad alguna al gran edificio.

Tenía sed, subí a un restaurante situado en el segundo piso y saqué mi sed y apetito.

Más allá saqué una mochila, la llené de conservas de toda clase, cogí un abridor de latas y regresé a casa. A nadie encontré en el

NEOGÉNESIS

recorrido de vuelta.

Pasaron los días y las conservas se habían acabado. También el balón de gas licuado que alimentaba la cocina y el calentador a gas.

El silencio era absoluto y el esfuerzo que hacía al movilizarme desde mi casa hasta el centro comercial era bastante grande. Así que decidí trasladarme en los próximos días al supermercado.

Esta decisión se transformó en una emergencia cuando en plena noche estallaron unos estanques de sustancias químicas corrosivas en una de las industrias del barrio El Salto.

La explosión estremeció los vidrios de la ventana de mi dormitorio; poco después unas enormes llamas invadían el entorno de la fábrica y progresaban hacia el cerro vecino que estaba cubierto con pinos y eucaliptos.

Pronto el voraz incendio se transformó en una vorágine que arrasó toda la comuna y los cerros lindantes. La humareda era inmensa. El calor sofocante y el viento provocado por el extenso territorio en llamas hacían que a esto no se le viera fin.

A pesar de que todo el extremo Sur Este de Viña del Mar ardía en llamas, nadie acudió a extinguir el siniestro. De vez en cuando se oían enormes explosiones, probablemente debido a estanques de gas o de otros líquidos inflamables que estallaban por efecto del fuego.

Aterrorizado, huí hacia el otro extremo de la ciudad donde se

encontraba el supermercado en la avenida 15 Norte.

Mientras los cerros ardían a lo lejos, determiné establecerme en forma definitiva en el enorme centro comercial.

En una de las secciones estaban expuestas a la venta unas carpas de tipo iglú y decidí armar una de ellas en el pasillo. Más allá se ofrecían sacos de dormir y colchones inflables, así que no me costó esfuerzo alguno instalar mi campamento o mejor dicho mi nueva residencia en ese lugar.

Todo iba bien dentro de la desoladora tragedia de estar solo, hasta que una noche no pude dormir debido a un pestilente olor a carne podrida, entonces me acordé de los primeros años de estudio en la Escuela de Medicina, en 1947, cuando los cadáveres se podrían en las mesas del pabellón de anatomía, porque en esos tiempos no se refrigeraban ni se trataban con formalina.

Molesto y temeroso con el nuevo percance decidí explorar el origen de este nauseabundo olor y descubrí que la sección de carnicería y pescadería era la causa de todo esto debido a que las carnes de vacuno, los mariscos y pescados se estaban pudriendo por falta de energía eléctrica.

Era tal la cantidad de mercadería de este tipo, que era imposible evacuarla hacia otra parte, así que tuve que conformarme con dormir en ese ambiente de extrema pestilencia.

Las únicas herramientas que poseía eran el abre latas y un

NEOGÉNESIS

destapador de botellas de bebidas gaseosas.

Bastaba eso para mantenerme bien alimentado.

Para alegrar un poco mi triste y solitaria vida, busqué un saca corchos, me dirigí a la sección de vinos y licores y descorché un “Casillero del diablo” que me vino de perillas para dormir tranquilo durante varias noches. Al igual que mis años mozos de estudiante de anatomía, ya me había acostumbrado al olor nauseabundo y podía alimentarme sin asco a pesar de la pestilencia.

Una noche desperté sobresaltado.

Oí unos espantosos gruñidos y ladridos de rabia. Encendí la linterna y tomé la escopeta que había adquirido en una armería, en la misma forma en que me había apropiado de la bicicleta.

Los gruñidos y ladridos furiosos provenían de la sección carnes.

Alumbré desde lejos con mi linterna y pude constatar con gran asombro que diez perros se disputaban la carroña. Estaban famélicos, casi esqueléticos y medio muertos de hambre.

Probablemente habían venido desde muy lejos al sentir el olor a cadáver.

Uno de ellos era pequeño, blanco y con la cabeza negra. Me acerqué para alumbrarlo mejor con mi linterna y constaté que era Duende, mi perro foxterrier.

Mi alegría era inmensa y llamándolo a gritos, el perro me

ubicó y corrió hacia mí, lo tomé en mis brazos y el animal tan feliz como yo, me lengüeteó la cara con un aliento nada agradable que no le era habitual.

Los días siguientes me sentí feliz, acompañado de mi querido Duende.

Está demás decir que lo alimenté con la misma comida que la mía, proveniente de las latas de conserva.

Después de un tiempo se terminó el pestilente olor de la carne, porque los perros, ahora gordos, la habían devorado en su totalidad. Luego, desaparecieron y nunca más los volví a ver.

Mi perro me acompañaba a todas partes trotando al lado de la bicicleta.

Una mañana, mientras caminaba cerca del Casino Municipal, en los jardines de éste, ahora cubiertos con un largo pastizal, descubrí un coche “Victoria” y a su caballo que se alimentaba del pasto crecido.

Inmediatamente decidí apoderarme del carruaje y su caballo, el cual acostumbrado a un amo, no ofreció resistencia alguna para que yo lo guiara.

De un balde que colgaba de unos de los ejes saqué agua del estero y le di de beber.

El caballo, al parecer estaba muy sediento porque aceptó un balde más de agua.

NEOGÉNESIS

Nos fuimos en el coche y su caballo, con Duende en el pescante al lado mío y la bicicleta “de pasajero”, y llegamos a nuestro hogar, el supermercado.

Desensillé el caballo y dejé que vagara por las galerías repletas de mercadería, pero no se alejó mucho y con gran satisfacción constaté que el animal se había echado cerca de mi carpa para dormir. Probablemente él también se sentía muy solo y le agradaba nuestra compañía.

A medida que pasaban las semanas y los meses, en la ciudad se iba experimentando una lenta transformación.

El polvo cubría los techos de las casas y los vidrios se veían sucios. Los jardines se habían secado y crecía alta la maleza.

Por las alcantarillas corría agua clara y pura, tanto era así, que invitaba a beberla.

El estero también presentaba agua de aspecto sano pero algo verdosa y los mosquitos no mermaban en absoluto.

Habían llegado varias aves zancudas. Garzas, queltehues y otras más que nunca había observado antes en ese lugar.

Algunos patos cormoranes se sumergían en la desembocadura, pescaban pejerreyes y también algunas lisas.

Yo disfrutaba de todo esto paseando en mi Victoria por toda la ciudad acompañado de mi perro Duende y el caballo. Me sentía relativamente feliz. El aire era puro con un marcado olor a ozono y el

mar, sin basura, tenía un intenso colorido azul que invitaba a bañarme.

Nadé en la playa Miramar y delante de las rocas, en la Avenida Perú. Las aguas eran cristalinas y el cochayuyo y otras algas marinas crecían allí. Hasta recogí grandes erizos rojos pegados en dichas rocas y los puse en una bolsa que había llevado ese día. Los comí en pleno pavimento de la avenida Marina y los saboreé con gran deleite porque hacía ya meses que no comía algo fresco.

En varias ocasiones viajé por la solitaria Avenida España hacia Valparaíso y no fue extraño para mí encontrar el mismo ambiente de soledad que había hallado en todas partes.

Recuerdo que en los primeros días de mi vida solitaria, había viajado de noche hasta el puerto porque me habían llamado la atención dos zonas luminosas. Tenía la esperanza de encontrar gente allí, pero mi desilusión fue grande ya que constaté que las lejanas luces correspondían al faro, las balizas del malecón y las de las naves de guerra, con sus motores y dínamos funcionando en forma automática, no necesitaban de la mano del hombre para alumbrar por un período de tiempo prolongado.

La luz que divisé en lo alto de un cerro correspondía al generador del hospital que funcionaba también automáticamente cuando se cortaba la energía eléctrica que llegaba desde afuera.

Todo aquello duró algunas semanas. Después se agotó el

NEOGÉNESIS

petróleo y las luces se apagaron, a excepción de las balizas que continuaron iluminando por varios meses hasta que finalmente se les descargó la batería.

Ninguna embarcación se divisaba en el horizonte. Solamente las pocas naves que estaban allí, permanecían inmóviles y silenciosas. Había otras que estaban mar afuera, a la gira.

Si no llegaba barco alguno, por cierto que nada salía del puerto. Tampoco se escuchaba el ruido de los aviones. Simplemente habían desaparecido.

Pensando que podría haber algún indicio de vida en Concón, viajé en mi coche Victoria hacia ese balneario pero constaté siempre lo mismo.

La planta refinadora de petróleo estaba paralizada y deshabitada y a lo lejos comprobé que ningún humo salía por las chimeneas de la empresa Enami ni de la planta generadora de electricidad.

Toda la zona estaba paralizada, silenciosa, deshabitada...

Llegué a la conclusión que lo que sucedía era algo global. Seguramente la desaparición de la raza humana había ocurrido en todo el orbe. De otra manera no me explicaba que no hubiera indicios de actividad después de haber transcurrido algo así como un año, tiempo que había calculado al observar el cambio de las estaciones. Entonces sentí que mi desolación era enorme. Lloré

como un niño, y mi perro gimió al lado mío al transmitirle mi pena, mientras el caballo que pastaba por ahí cerca, relinchó y me apuntó con sus orejas.

Cuánto quería yo a esos dos animales. Eran mi única compañía. Al estar ellos a mi lado me sentía todavía un ser humano; un ser humano perteneciente a civilizaciones pretéritas que había logrado domesticarlos y convivir con ellos.

El cielo azul y diáfano, sin contaminación alguna, reinaba ahora sobre la ciudad en ruinas, semidestruida por el tiempo y el polvo.

Sentí en esos momentos que era el único representante de mi especie, ¡el único! ¡De una raza extinguida en forma súbita sin que yo supiera el por qué!

Poco a poco me fui a acostumbrando a esta nueva vida, siendo una de mis principales actividades el saquear tiendas de comercio, rompiendo vitrinas y candados.

En una de estas correrías, tuve la idea de entrar a una joyería y me llevé varias piedras preciosas, anillos, collares y pulseras para adornar mi hogar.

Cuando las observé colgando de un hilo, me di cuenta de que una de las muchas causas de mi gran tristeza en esta inmensa soledad era, quizás la más importante, la falta de una mujer: Mi mujer. Mi compañera. Esa que acompañó a Adán en su destierro.

NEOGÉNESIS

¡Cuánto la amaba, sin conocerla!

La besaba en mis sueños. La acariciaba y era feliz. Luchaba por ella porque me necesitaba y yo la servía con mi inteligencia y mi fuerza física. Cazaba para ella y construía grandes cosas. En los atardeceres pensaba que aniquilaría con gran ferocidad a quién se atreviese a atacarnos o destruirnos.

Pero todos esos pensamientos eran producto de la fantasía. Soñaba despierto.

La oscuridad del gran recinto del supermercado era aplastante. Además de sombrío se caracterizaba por ser frío y tenebroso por las noches. Era un edificio que había sido ideado y construido para estar siempre alimentado con electricidad, luz artificial y aire acondicionado. No poseía ventanas. Era inhóspito.

Cuando llegaba la noche y la oscuridad era completa, el interior de mi carpa se transformaba en algo terrorífico.

Duende dormía a mis pies y de vez en cuando salía de la carpa y se ponía a ladrar.

¿A quién le ladraba?

Así como me introduje en una joyería, también se me ocurrió, sin temor alguno, entrar a un banco. Los billetes estaban allí en las cajas, amontonados, formando numerosos paquetes sujetos con elásticos.

Me entretuve con mi perro, lanzándolos lejos y él iba tras el

paquete, lo cogía y me lo traía de vuelta. Entonces se me ocurrió lanzarlos sin el elástico que los sujetara y cuando Duende corría a buscar la millonaria presa, ésta se convertía en una lluvia de billetes que caía sobre su pequeño cuerpo, y lo hacía ladrar de rabia por su frustración; después trataba de morder los inservibles papeles y romperlos con sus patitas.

Esto me causaba mucha risa, y al verme, él también ladraba alegre y se reía, porque los perros se ríen con la expresión de sus ojos, sus labios y su lengua.

Cansado de tanto jugar, decidí abrir la bóveda, pero ésta permanecía hermética mediante desconocidos mecanismos que no pude vencer.

Una fría mañana me di cuenta de que las conservas y los abarrotos escaseaban, entonces decidí hacer una expedición a Santiago para averiguar si allá había sucedido algo parecido.

Recuerdo que era un lindo día de primavera cuando partí montado en mi caballo y acompañado de mi perro Duende.

Me demoré tres días en llegar a la gran ciudad y no fue una sorpresa para mí al encontrarla en el mismo estado ruinoso y desolado al igual que la región de donde venía.

Durante el viaje tuve ocasión de cazar con la escopeta varios conejos los que me dieron el placer de comer carne asada y fresca. Duende me acompañaba en el festín.

NEOGÉNESIS

Al llegar a la capital pude observar la cordillera nevada, límpida, maravillosa, debido a que la atmósfera estaba pura, sin una partícula de polvo. Eran las imágenes que recordaba cuando era niño y vivía en Nuñoa. El San Ramón, el Abanico, el Morado, el cerro Plomo, mostraban toda su blanca hermosura. También me llamó la atención el río Mapocho, cuyas aguas eran asombrosamente cristalinas a pesar del deshielo.

Me paseé por la Alameda y llegué a Providencia. Allí quebré varias puertas de negocios, me aperé y cambié de ropa.

Pasé varios días disfrutando de este nuevo ambiente. Me alojaba con mi carpa iglú en diferentes centros comerciales, pensando siempre que era mejor estar protegido dentro de la carpa por si un desconocido peligro pudiera atacarme al estar a la intemperie.

Esa noche estaba en el Parque Arauco, cuando oí que se caía un tarro, a unos cien metros de donde yo estaba. Duende se puso a ladrar alarmado y tuve la sensación que algo o alguien estaba cerca de mi campamento. Lo más probable era que se tratase de una rata u otro animalucho que había volcado algo metálico y ese era el ruido que había alarmado a mi perro.

Me levanté y avancé con mi escopeta, preparado para disparar. El perro no ladraba sino que gemía y movía su pequeña cola.

Me di cuenta entonces de que lo que estaba a pocos pasos de

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



NEOGÉNESIS

mí no implicaba peligro y encendí la linterna.

Lo que vi me dejó paralizado, no de espanto sino de gozo. No pude hablar. Tan grande era mi alegría.

Delante de mí y encucillada en el suelo, tratando de coger una lata de conserva que se le había caído de una de tantas que tenía en sus brazos, había ¡una mujer! Una mujer desgredada y hermosa, que me miraba con gran miedo, y, pocos instantes después, con gran placer.

Me acerqué lentamente a ella, su olor era delicioso y sus ojos también.

Me sonrió dulcemente y yo la levanté del suelo y los tarros de conserva cayeron haciendo gran ruido.

-¿Qué haces aquí?- le pregunté suavemente.

-Estoy cogiendo alimentos.

-¿Vives con otras personas?

-No. Soy la única sobreviviente. He recorrido. He buscado por todos los barrios que he podido llegar en estos años y a nadie he encontrado. He vivido sola todo este tiempo.

Sollozó y reclinó su rostro en mi pecho.

Yo la abracé y la acaricié calmándola y estrechamos nuestros cuerpos mutuamente como si fuera uno solo, que, por un misterioso mecanismo, se hubiera dividido tiempo atrás y ahora esas dos partes se volvían a encontrar.

Nos separamos. Era hermosa. Su cabellera rubia, sus ojos claros y su rostro de tez blanca cubierto de finas pecas, me agradaban.

-¿Cómo te llamas?- le pregunté. Y ella sonriendo, me respondió: Eva.

Partimos de regreso a Viña del Mar llevando a mi mujer al anca en mi caballo, con Duende trotando al lado nuestro.

Y fui dichoso.

La soledad ya no existía. Había desaparecido.

Nos fuimos a instalar en las proximidades del estero. Con la iniciativa de ella, plantamos papas y otras semillas que encontramos muy bien clasificadas en sobres en un negocio dedicado a ese rubro. Trabajamos la tierra con estacas rudimentarias y poco a poco fuimos descubriendo en el comercio, herramientas agrícolas que nos hicieron más llevadera esta pesada labor.

Una tarde, recorriendo los campos cercanos al río Aconcagua, descubrimos un viejo arado que estaba semiescondido entre la maleza en un ex campo de cultivo. Lo llevamos en la Victoria a nuestra huerta, cerca del estero y esto nos ayudó a extender la superficie de labranza.

Teníamos toda clase de hortalizas y con la ayuda de mi escopeta ya podíamos olvidarnos de la hostigante dieta a base de conservas que tan útil había sido para ambos en los primeros

NEOGÉNESIS

tiempos.

Nuestra dicha llegó al máximo cuando en una de nuestras acostumbradas excursiones en el coche por los alrededores, encontramos tres ovejas. Tuvimos que hacer bastante esfuerzo para lacerarlas; todo esto con la ayuda de nuestro pequeño Duende.

Las llevamos maniatadas dentro del coche a nuestro hogar y ellas fueron un goce más en nuestra existencia.

Mi felicidad era grande. Un día, mientras nos alimentábamos con erizos que había pescado en las rocas de Caleta Abarca, Eva se levantó de su silla y fue más allá a vomitar.

-¿Te sientes mal?- le pregunté alarmado.

-No. Es nada- me respondió. -Estoy esperando un niño.

La abracé y la besé con ternura y desde entonces mis cuidados hacia ella se extremaron, protegiéndola como si fuera una chica regalona.

Pasaron los meses y llegamos a la madurez del embarazo y el parto fue normal.

Tenía en mis brazos a un hermoso varón que chillaba, se estremecía y buscaba amparo en los brazos de mamá. Entonces, en plena alegría, se me ocurrió preguntarle a mi esposa qué nombre le pondríamos a nuestro hijo, y ella, me contestó pausadamente, con una seguridad absoluta e indiscutible: Le pondremos Caín.

-¿Caín?- balbuceé -¿Por qué Caín?, el primer asesino de la

historia bíblica.

-No te preocupes- contestó Eva -Cuando nazca Abel el próximo año, ambos hermanos cuidarán el rebaño de ovejas y el caballo, y juntos trabajarán en las hortalizas y en el huerto de árboles frutales. Destinaremos a los dos a ofrecer a Dios nuestros animales y los frutos de la tierra. No cometeremos el mismo error y cambiaremos la historia bíblica, porque Caín, al ser tratado al igual que su hermano no tendrá celos de él.

Esa noche me quedé meditando junto al fuego sobre esas ancestrales decisiones de mi mujer. El niño ya había sido amamantado y dormía plácidamente al lado de su madre.

¿Quién era esta mujer? ¿De dónde había salido? Había sido tanta mi dicha al encontrarla que nunca se me había ocurrido preguntarle sobre su origen. Pero, no me interesaba en absoluto. Lo que sí me interesaba, era estar junto a ella y mi pequeño hijo. Protegerlos, trabajar y luchar en la vida para que la raza humana prevaleciera en mis descendientes.

Me quedé dormido con una sonrisa en los labios.

Antes de caer en un sueño reparador y profundo, después de un arduo trabajo de ese día, sentí que algo había cambiado en mi persona. Que yo no era yo, pero era el mismo. Entonces me di cuenta de que lo que había desaparecido, era mi nombre con el que me habían bautizado. Sentí que tenía ahora un nuevo nombre y ese era: Adán ... El Adán: El hombre ...

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.